

---

# CAMINAR CON MIS HUESOS EN LOS BRAZOS

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

para Graciela y Agustín

Me incorporo con mis huesos en una cajita  
Aparto planetas como piedras en una llanura  
Y leo de noche toda otra noche roja como cobre en el recuerdo  
De mi raza, apenas entendiendo, bajo mi ceguera, la hondura que  
[deletreo.

No me costará nada asomarme a mi estómago de espejo.  
Veré el vacío en un puñado de sueños sin pulir.  
Todo como siempre anhelara ser—cara, canto o cruz.  
La moneda es el sí y arde fija entre los dedos del tiempo.  
¡Vaya salvación de quien se castra para desprenderse de su ego  
Y del silencio con más silencio tras la pedrada de un eco!  
Esto es lo que repito sobre mis botas llenas de sangre,  
Lo que repite el halcón que gusta de semillas robadas a la llama,  
Lo que recuerda el corazón que busco entre pilas de lunas,  
Lo que me hace caminar con mis huesos en los brazos.

Pronto nacerá la ofrenda de reliquias y de cadenciosas orgías.  
Reiré de mi ego hinchado a costa de la mañana en vuelo,  
De esa mañana parada en un pie y de ese ojo  
Parado en el trono de la certera ola salvaje.  
Pronto, muy pronto, apartaré de mí almas esponjadas de verdores súbitos,  
señas del crepúsculo en quiebra y de la caña destrozada  
y del futuro encendido por los dientes del agua mansa.

Así la víbora fija abandona sus cimientos, la montaña repta  
Y la muerte es la muerte sentida, no la muerte de los muertos  
Que sólo es reposo invencible, victoria sobre la catedral del  
[sobresalto;

Pido lo mismo que un libro con las pastas en su centro,  
Pido un caballo con la melena llena de libélulas  
Pido la paz que pone la piel del universo en la palma de la mano;  
Pido pero el reposo súbito no me oye, pido pero la vida  
Parece una túnica sobre un trampolín y no va cerca ni lejos.

---

No sé cuándo vendrá el banderín de arena que tremola sin desgarrarse,  
Aparece el huracán de miel contra la siesta del pino umbroso,  
Hay temblor en el agua banderillada por la mirada,  
No sé si permanecer de codos en la ventana con la visión en el jardín  
No sé si camino por una lágrima que se vuelve cuerda y sonríe,  
Mas nada me hace dueño de dos orillas. No sé si lo ignoro,  
Sólo conozco la hinchazón, la hinchazón del ego, el amor a mí, la soledad  
Compartida con otros llenos de amor a nadie, trasfondo de búfalos  
A los que no hay trébol ni trigo que se oponga.

Pese a mí mismo me fascina el cielo que esconde su comida de sombra,  
Azul de tanto ser, azul de ser alto, azul de no oír el abaniquero de las migraciones,  
Ajeno siempre al penumbroso ruido intermitente.  
Yo sé que mi frente es un panal agujereado de pensamientos.  
Ese panal donde escurren lágrimas de ámbar  
Y donde yo inflo el escombro emigrante, el follaje de la mímica celeste.  
Yo amo la vida porque responde a mis espuelas de estrella.  
Corro hacia una felicidad sin biografía,  
Hacia un aroma intenso que lucha por ser una flor verdadera.

El mundo es menos mundo desde que pateo la metamorfosis de su sombra.  
El mundo pierde gas como un globo con arrugas,  
El mundo estaría completo sin tanto habitante descabellado,  
Sin ese amor que sólo a ratos une tu cuerpo con el mío,  
Sin esa feria en que las focas son lívidas pesas de asteroides,  
De pronto inmóviles porque su luz se hace roca.

Yo rezo porque una aguja de oro me desinfle  
Y vea mis manos como simples manos, mis poemas  
Como trenes de palabras silenciosas al subir y pifantes al bajar,  
Sobre lo imposible inventado, lo irreal carcomido, el lago sin su áspera camisa,  
La camisa pálida sin sus balazos aves en picada.

Dénme agua que me lave el ser de todo lo que soy,  
Limpio de conspiraciones, amoroso de mis llagas,  
Encantado de mis cicatrices florecientes,  
De mi yo sin yo y de mi nombre que canto al callarme.

Mido ahora la distancia entre la eternidad y la burbuja.  
Veo en mi alma la sombra de una campana,  
el cabello de un trino, las formas que imagina el sonido  
Y que no vemos por nuestra cabeza encapuchada con ego y tierra.

Sé que un cementerio explota bajo la huella de una pisada perdida.  
Sé de pies que viven dentro de zapatos de hierro.

---

Sé de cosas extrañas sobre columpios que giran 360 grados  
Y que nunca se apiadan de la inmovilidad ciega y casi aciaga  
Y que llevan niños intrépidos sin que lancen al suelo su carga  
[preciosa.]

Sé de niños que se abrazan a sí mismos con sus propios brazos,  
Sin sentir calor ni frío, sólo tufaradas de rosas, esperando el rezo  
O el lanzazo de los ojos de búho o al mar que lame sus pies,  
O una tarde que sorbe sombra semejante a una cosecha frugal;  
Sé de todo lo que vuelve ser al ser, sé del anillo que se ahoga  
Y en el fondo permanece enamorado de su piedra extraviada,  
Mientras mis sienes se marcan con el primer alfiler de la tempestad,  
con el vaticinio del oro que gotea en la memoria,  
Con el descenso reconciliado con la cólera de la partida;  
pues al fin nos vamos sin nuestra armadura de vanagloria y hielo.

Sé de la piedad de flores que ya no crecen para abrigar al muro:  
Ahí reside lo constituido, lo cierto jamás enmascarado  
Abierto de par en par como la sandía bajo el filo de un ala terrible,  
Como el remo en un océano de musgo que envuelve a una almendra,  
A una roca como fatalidad imaginaria que nos ahoga con manos de verdugo  
Entre migraciones surgidas a la vuelta de la esquina,  
Entre alcantarillas o celdas seculares o maquetas desveladas  
En museos que el infierno levanta e ilumina para siempre.

Mas nada asusta como el ego sangrante de deseos  
Con sus mirajes ardientes colgados de frutos de plomo,  
frutos despeñados desde el ego imbatible de un despeñadero  
Crecido por odio a las estrellas.  
Nada me asusta sino la suerte del pobre uncido a carrozas de hueso,  
Nada sino este morir de todos ante el bostezo de todo,  
Este río de peregrinos que barre y quema las migajas del estornino.

La órbita del ego reúne panales de planetas en su órbita hueca.  
El ego apaga el aire, la respiración y el vuelo.  
Su vientre es una almohada llena de basura que hierve,  
Su estírcol trae pies llenos de agujeros  
Entre púas que no tienen reposo ni destino.  
El ego provoca la amnesia de los tropesales humeantes.  
El ego tapona los pezones de la parturienta y de la novia  
embarazada desde antes de nacer: el ego, sus frutos y sus ramas  
Reclama universos y terreno para sus huestes que nadie sacia.

---

Acaso el ego es menos ego en el desierto.  
En la ciudad se vuelve espantapájaros blindado  
Fantasma con collares de carne y miradas de hilo verde,  
Hilo que estrangula todo cuanto mira,  
Destruye a su portador y apuñala al vecino  
o lo cuelga entre las sábanas hasta que su cuerpo  
Adelgaza y flota como una sábana podrida.

El ego es todo. Tiene hambre desde el amanecer hasta el año próximo.  
El ego atesora oro y carroña, vende en el mercado  
las manos del rey, los brazos del pordiosero  
lo mismo que los respiraderos de recuerdos azules y las verdes  
[bodegas del vino de la vida.

Yo punzo mi ego hinchado, abato el castillo de mí mismo,  
Pero al otro día la danza comienza de nuevo,  
Sueño en zancos de diamantes, invento corales fastuosos  
donde engordo quinceañeras llenas de hambre.  
El porvenir extiende su telaraña de manos cercenadas  
Y nadie se pasea por la ruta empedrada  
De prójimos sin calor, ni vestimenta, ni sustento,  
Pero dotados de un ego que espera  
Territorios para la indiferencia, comida fresca,  
Prójimo reciente, un pequeño almacén donde guardarlo todo,  
Virtudes inventadas sobre todo reconocimiento y pleitesía,  
Corderos arrodillados dándole calor durante todo el invierno.  
El ego es fuerte, no se calma deja que el mundo sobreviva  
porque su hambre  
jamás se cansa. <